

MAGNÍFICAT: PALABRAS PODEROSAS

Dos mujeres, dos siervas de Dios se visitan. De su reunión a solas surgen palabras poderosas: Se produce el primer reconocimiento histórico de Jesús como Señor (Lc 1.43).

Llena del Espíritu Santo (1.41), Elisabet, quien ha de ser la madre de Juan el Bautista, reconoce aun antes de su nacimiento al Mesías (1.43). Así como María Magdalena fue la elegida para anunciar por primera vez la buena nueva de resurrección, Isabel fue la elegida para dar a conocer por primera vez la buena nueva de encarnación (Jn 1.14; Ro 1.2-4; Gl 4.4).

María, por su parte, alaba a Dios con un cántico. Dios la ha incluido en su plan de salvación universal, precisamente por su género, es decir, por ser mujer. Su cuerpo será el «templo» para albergar al Hijo del Altísimo. Este canto, llamado *Magníficat*, es el único testimonio completo que Lucas pone en boca de una mujer. María, aquella muchachita que ante el anuncio divino solo respondió al ángel: «He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra» (Lc 1.38), es la misma que en 1.46-55 abre sus labios y su corazón para alabar a Dios con su canto.

Por su contenido y construcción, muchos estudiosos lo han comparado con otros cantos o salmos del AT. Sin embargo, las circunstancias que motivan este canto-alabanza son muy especiales y lo convierten en un pasaje único.

Desde el punto de vista formal, consta de dos partes: los vv. 46-50 forman la primera parte, mientras que del 51 al 55 se extiende la segunda.

Los vv. 46-50 se refieren a la relación Dios-María. La sección 51-55 es más general y se refiere al par Dios-Israel.

En los vv. 46-55, aunque María no utiliza el pronombre de primera persona gramatical (yo), las referencias a su persona son muchas (*mi* vv. 46, 47a, 47b; *me* 48b, 49a). Todo su ser se compromete, por eso alaba a Dios con toda su alma (1.46) y se regocija en él (v. 47). Su cuerpo físico no se menciona, pero es precisamente ese cuerpo físico el que se ha transformado en «templo» (1 Co 3.16; 6.19) del Hijo del Altísimo (Lc 1.31-32), y es la causa de su alegría. De modo que en el v. 46 María, en tanto mujer completa, en corazón y cuerpo, es la voz de esta alabanza.

En 1.48a María vuelve a ponerse al servicio del Señor y alude a sí misma como «la bajeza de su sierva» (como en 1.38), pero sabe también que las generaciones la reconocerán como la «bienaventurada» (v. 48b). Si en la anunciación se percibe su humildad, aquí ella en persona la confirma abiertamente (v. 48). Se ha dicho mucho acerca de la palabra «bajeza» en este contexto. Algunos piensan que apunta a su condición de mujer, de pobre o de excluida, pero es evidente que ante las cosas grandes (v. 49) que el Dios Poderoso (v. 49) ha hecho en ella, cualquier ser humano se vería humilde, sin importar su condición, ya fuera rey, rico, sabio o cualquier otro honor que las personas puedan conferirse. Es decir, ante la grandeza divina, María, como ser humano, solo puede reconocerse humilde, despojada, pobre.

En este himno, Dios es quien toma la iniciativa, porque el canto de alabanza de María es la respuesta a la acción divina anterior: Dios la miró y actuó (vv. 48-49 tiempo pasado, en griego). Siempre que Dios mira, actúa con amor (vv. 50-51). Su mirada no es puramente contemplativa, sino activa. Esa mirada es la que ha transformado a su humilde sierva en la bienaventurada por las generaciones. Por eso, en este pasaje María entona mucho más que un himno de alabanza: Realiza también, y sobre todo, una declaración de fe. Reconoce en su Señor, a su Dios y Salvador (vv. 46-47). Su posición de humilde esclava va más allá de la condición del vasallaje y se eleva a una creencia teológica y escatológica.

Por otra parte, Dios es, además, santo y poderoso (v. 49), y la misericordia es una de sus características (v. 50).

El v. 51 es casi una bisagra entre lo personal y lo general. A partir de aquí María deja de referirse a su relación íntima con Dios para dar muestras de la magnificencia divina a lo largo de la historia de Israel. María identifica su propia condición humilde con la de Israel y su liberación. Criada en un ambiente piadoso, conoce la historia de su pueblo y las misericordias de Dios para con él.

En esta segunda parte, Dios sigue siendo un Dios activo que, a partir de su memoria, su recuerdo (v. 54; Sal 98.3) hizo proezas con su brazo (v. 51), esparció a los soberbios (v. 51b), exaltó a los humildes (v. 52) y socorrió a Israel su siervo (v. 54). Otra vez, entonces, se pone en marcha una transformación cuyo generador es Dios mismo. Transforma a María: La convierte de esclava en bienaventurada por las generaciones. Transforma a Israel y cumple sus promesas hechas a Abraham (Gn 12.1-3; 17.3-8).

En los vv. 51-55 María representa, de alguna manera, el cumplimiento de las promesas antiguas (v. 55, Is 62.11; Zac 2.14). En ella, el Salvador se muestra como el Salvador de Israel, y en la figura de Israel están incluidos todos los que le temen (v. 50), los humildes (el v. 52 usa la misma palabra que se usó en el v. 48 para hablar de la humildad de María) y los hambrientos (v. 53).